

LA NUEVA DIMENSIÓN DE LO RURAL

Artemio Baigorri

Universidad de Extremadura

Intervención en el Curso de Verano de la Universidad de Evora (Portugal) sobre Desarrollo Rural, Julio 1996

PRIMERA PARTE:

DE LO RURAL A LO URBANO¹

Hipótesis sobre las dificultades de mantener la separación epistemológica entre Sociología Rural y Sociología Urbana en el marco del actual proceso de urbanización global

INTRODUCCIÓN Y RESUMEN²

En los países desarrollados, caracterizados ya por el modo de producción informacional -del que, no obstante, sabemos todavía muy poco- la categorización de los espacios *rurales* y los espacios *urbanos* depende exclusivamente de delimitaciones arbitrarias, basadas en el tamaño de los municipios, o a lo sumo en el peso de la población activa agraria. Lo rural y lo urbano tan sólo tienen peso específico cuando se ponen en juego las elevadas plusvalías que, en el planeamiento urbanístico, se derivan del trazado o retrazado de las líneas de delimitación del suelo urbano o apto para urbanizar. Uno de los motores del nuevo modo de producción informacional es justamente la propia producción y reproducción de la ciudad, y de ahí los grandes conflictos que se desarrollan en torno a la frontera física entre lo rural y lo urbano. Pero han desaparecido diferencias que hicieron surgir, primero en Simmel y luego en Wirth, la preocupación por un modo de vida urbano que, con el tiempo, y sólo como negativo fotográfico, perfiló el concepto de *lo rural*. El espíritu del capitalismo y la sociedad informacional han penetrado hasta tal punto en esos supuestos espacios rurales que no es fácil percibir hoy diferencias en hábitos, actitudes y valores, y menos aún en lo que se refiere a las estructuras y relaciones de producción. **Vivimos en una urbe global, en la que los vacíos cumplen exclusivamente la misma función que, en términos de microurbanismo,**

¹La primera parte es una versión de la comunicación presentada en el V Congreso Español de Sociología, Granada, 1995

²El título de la comunicación es, obviamente, un homenaje a Henri Lefebvre, quien avanzó las cuestiones que aquí se plantean hace casi tres décadas. Su asesinato intelectual por parte de algunos de sus más preclaros hijos, así como el triunfo del pensamiento débil en la década ominosa, han sido factores que han conducido a su olvido, tras haber sido uno de los filósofos y sociólogos franceses más leídos y traducidos. La vida cotidiana, la urbanización del espacio rural, la política y el diseño del espacio urbano, la tecnocracia, o el marxismo tolerante, entre otros de los muchos temas por él tratados, serían menos conocidos sin sus importantes aportaciones. La confluencia de su pensamiento con el ecologismo californiano dió lugar en España, fundamentalmente a través de Mario Gaviria, a interesantes síntesis que han abonado muchas de las reflexiones que ahora fructifican sobre lo rural y lo urbano, desde una perspectiva ecológica.

cumplieron los parques y las zonas verdes en la ciudad industrial. Y la Sociología Rural es, en lo que a las sociedades avanzadas se refiere, una ideología, en el mejor de los casos una utopía.

Las bases de este proceso están en la transformación tecnológica y ecológica (es decir, también funcional) de estos espacios. Por ello, si queda algún ámbito para el ejercicio de la Sociología Rural ésta sólo puede darse en términos de Sociología de la Urbanización, y en este sentido puede cumplir un importante papel, si no en las sociedades avanzadas, sí en los países y/o regiones menos desarrollados. Su objeto sería el análisis de los procesos de cambio -el cambio es un concepto casi inexistente en la Sociología Rural- que propician la integración de estos espacios en la urbe global; así como la interpretación de las funciones que, en ese mismo marco, corresponden a los vacíos más alejados de las redes informacionales de esa urbe.

A caballo entre los conceptos tradicionales de Sociología Rural, Sociología del Desarrollo, Sociología Urbana y Ecología Humana, debe darse una revolución epistemológica en esta parcela de la Sociología, bajo riesgo de quedar subsumida -como de hecho ya está ocurriendo- en la Antropología Cultural o Ecológica. De hecho, los propios órganos de la Administración que en su día dieron lugar, primero en los Estados Unidos y luego en Europa, a la institucionalización de la Sociología Rural, desaparecen por anacrónicos. La cuestión estriba en determinar si la Sociología, del mismo modo que en su día supo hacer ver a los políticos y técnicos responsables de la ordenación y el desarrollo rural la conveniencia del conocimiento sociológico como herramienta imprescindible, sabrá hacer ver a los nuevos tecnócratas la utilidad de los sociólogos en la ordenación del territorio³.

LO RURAL Y LO URBANO

Desde que la sociedad industrial se definió como un proceso civilizatorio, uno de cuyos elementos fundamentales fue la urbanización, *lo rural* nunca se ha de finido, quedando como residuo de *lo-que-aún-no-es-urbano*. Del mismo modo que, desde que hace algo más de un siglo se inició la reflexión sociológica sobre las consecuencias de la Revolución Industrial, con su acumulación de masas de población en las ciudades (lo que vulgarmente se asimila al proceso de urbanización), la dicotomía se viene planteando en términos de polarización y luego de oposición. Pero sobre todo, y en el marco general del positivismo que desde su origen caracterizó al pensamiento sociológico, se ha venido tratando el tema en términos de sucesión

³ En A. Baigorri, 'Del urbanismo multidisciplinario a la urbanística transdisciplinaria. Una perspectiva sociológica', CIUDAD Y TERRITORIO/ESTUDIOS TERRITORIALES, 104, 1995, se reivindica la aportación sociológica a la construcción de unas Ciencias del Territorio, de la que una de las ramas sería la Urbanística (a la que se refiere la comunicación), y otra podría ser la de Ruralística y Paisaje, asumiendo las nuevas funciones que el denominado *espacio rural* debe desempeñar en la urbe global.

histórica de etapas, y en consecuencia de jerarquización: si la revolución industrial traía el progreso económico a las sociedades, la urbanización conllevaba el progreso social.

Esta valorización no ha sido siempre explícita, pero ha estado desde luego latente la gran teoría (al menos en Spencer, Durkheim, Simmel, Tönnies o Redfield...). Así se hablase de solidaridad mecánica o solidaridad orgánica, de comunidad o asociación, de lo *folk* y lo *urban*, etc, aún cuando se manifestara cierta preocupación por el tipo de desórdenes sociales provocados por la urbanización, se estaba poniendo en lo alto de la escala a lo urbano, y en lo más bajo a lo rural.

Desde el origen mismo de las ciudades, éstas supusieron un avance objetivo hacia formas de organización social más democráticas, y basadas en el imperio de la ley. Se ha atribuido repetidamente a Marx una frase que creo fue Weber quien rescató, tomada de las canciones medievales: "*El aire de la ciudad nos hace libres*"(WEBER, 1987:40). La ciudad ha posibilitado una acumulación de capital y una concentración demográfica que ha hecho factible un incremento de la creatividad social⁴. Y se ha puesto en la ciudad el origen de la democracia, ya desde la polis griega⁵.

En los términos que estamos viendo, la definición e identificación de lo rural y lo urbano ha sido relativamente simple; tan simple que ha llevado a la construcción de toda una mitología que de forma recurrente reverdece, en torno a la Arcadia pastoril y campesina⁶. Pero en la actualidad las cosas no son tan sencillas. El proceso de urbanización dejó de ser hace mucho tiempo un mero proceso cuantitativo, de mera acumulación demográfica en torno a una acumulación de recursos, para pasar a ser un proceso de carácter cualitativo. Si los sociólogos han hablado de *la urbanización como modo de vida* (como hizo Wirth), es porque ya no puede verse en términos de acumulación exclusivamente, sino en cuanto extensión de estilos culturales, de modos de vida y de interacción social. Es decir, **lo urbano ya no está únicamente en las ciudades**. Cuando se ha hablado de *la urbanización del mundo campesino* (LEFEBVRE, 1969, GAVIRIA, 1975, BAIGORRI, 1980 y BAIGORRI, 1983), se ha querido expresar ese proceso que entonces se veía como de colonización cultural, y que no es en realidad sino la extensión del núcleo civilizatorio -capitalista e industrial durante los siglos XIX

⁴Según la conocida tesis de Jacobs, no sería de hecho la agricultura lo que *explicaría* la ciudad, sino que por el contrario sería la ciudad, la concentración demográfica, la que explicaría el desarrollo de las sucesivas *revoluciones* productivas agrícolas (JACOBS, 1971).

⁵ A pesar de que en la actualidad es en las áreas rurales más deprimidas y despobladas donde encontramos formas de democracia directa al estilo griego, bajo la denominación de *concejo abierto* (ORDUÑA, 1994)

⁶También, al menos desde el fabulista Samaniego, la crítica del mito ha sido recurrente. Algunos de mis trabajos han procurado justamente el desengaño racional (BAIGORRI, 1980 y BAIGORRI-CORTÉS, 1984)

y XX- a la totalidad del territorio social. Pues la urbanización⁷ es un proceso indisociable de la revolución industrial y el capitalismo: de forma que **únicamente allí donde las formas de intercambio y de relación no sean de tipo capitalista podríamos hablar tal vez de cultura rural, es decir preindustrial, y en este sentido precapitalista**. Pero "*allí donde triunfan el intercambio de mercancías, el dinero, la economía monetaria y el individualismo la comunidad se disuelve, es reemplazada por la exterioridad recíproca de los individuos y el 'libre' contrato de trabajo*" (LEFEBVRE, 1971:27. La primera versión de este artículo es de 1949). Donde algunos veían únicamente -o nada menos que- la desaparición física del campesinado como grupo social (BARÓN, 1971), debía entenderse la desaparición de una cultura, no de un colectivo social y productivo⁸.

Estamos, con esta tesis de Lefebvre, en Simmel y Toënnies. Pero en realidad no es, ni más ni menos, que la apreciación de Marx en el Manifiesto Comunista de que el capitalismo "*ha sometido el campo a la ciudad*" (MARX, 1971;336). Y no sólo por el mero efecto de la concentración demográfica, sino también por la ruptura de las relaciones sociales y de producción tradicionales. Y a siglo y medio del Manifiesto, ¿qué puede significar hoy esa polaridad rural-urbano, en un planeta donde se ha hablado ya de metrópolis, luego de megalópolis, y últimamente de ciudades-mundo?. Cuando se plantea la existencia de cuatro o cinco ciudades-mundo que constituyen el auténtico centro económico e intelectual del planeta (JONES, 1992;29-33), e incluso apunta el surgimiento -más hipotético que real- de las tecnópolis, como quintaesencia de las ciudades-mundo (CASTELLS-HALL, 1994), ¿qué sentido tiene hablar de lo rural y lo urbano como categorías con vida propia?.

Podemos echar mano de definiciones, pero ninguna sirve, salvo como frágil muleta para mantener ficciones epistemológicas, supuestos campos científicos que no son sino refugio de nominalismos: sociología rural, sociología urbana, geografía rural, geografía urbana, ordenación rural, ordenación urbana... y ahora hasta turismo rural. El Instituto de Estadística,

⁷No utilizamos aquí el término urbanización como lo hace Howard Newby (NEWBY, 1980), quien en realidad hace referencia a un proceso de suburbanización, de extensión física de las ciudades fuera de sus límites, sea a través de la segunda residencia o del fenómeno de los '*commuters*'. En (BAUER&ROUX, 1976, BAIGORRI, 1980b, BAIGORRI, 1983) ese es sólo uno de los procesos, entre otros, que producen -o provocan, si quiere percibirse el fenómeno como algo negativo- la *urbanización del mundo campesino*.

⁸De hecho, quienes tempranamente se ocuparon de estos procesos desde la perspectiva de los propios campesinos, en modo alguno alertaban sobre la desaparición de los agricultores como productores de mercancías, sino de estilos culturales como los de los pastores trashumantes y los jornaleros instalados en chozos; en suma, y más allá de los sentimentalismos urbanos, se trataba de la desaparición de modos y estilos de vida no sólo precapitalistas sino precivilizados en un sentido amplio -y democrático- del término (BAYO, 1973). A pesar de cierto sentimiento de pérdida por la desaparición de un campesinado más antropológico y etnológico que sociológico, hoy -salvo que nos consideremos entomólogos en lugar de sociólogos- no puede cabernos ninguna duda de que la desaparición de esos *rústicos*, autoexplotados como yunteros y pequeños labradores o explotados por otros como los jornaleros (BAIGORRI, 1994) sólo puede entenderse como un avance social y civilizatorio.

para censar y cuantificar a la población, habla de zonas rurales, zonas intermedias⁹ y zonas urbanas, sin otro criterio, como en casi todos los países, que el tamaño demográfico.

Sin embargo, en las áreas metropolitanas existen municipios clasificados como rurales que son dormitorios de la metrópoli. Y en el centro mismo de la metrópoli hemos tenido ocasión de hacer sociología rural, y hasta proponer un Programa de Desarrollo Agrario (BAIGORRI & GAVIRIA, 1984b). En el entorno de todas las ciudades hallamos este tipo de situaciones en las que la definición podría llevar a discusiones inacabables; del mismo modo que podríamos plantearnos hasta qué punto son urbanas, si tenemos en mente las tipologías de Hall, muchas de nuestras pequeñas ciudades, incluso capitales provinciales. Y la cuestión no es baladí, por cuanto la arbitraria clasificación del INE dificulta seriamente, en la actualidad, la realización de análisis más afinados de la realidad social. En el fondo ocurre que **la dicotomía no nos sirve, por lo que tendríamos que hablar, efectivamente, de gradaciones, de un continuum que iría desde lo más rural -o menos urbanizado- a lo más urbano -o menos rural-**.

Sin embargo, resulta difícil fijar las variables que nos permitan establecer esa gradación, y situar empíricamente un objeto de investigación dado en una supuesta escala. De Redfield a hoy la atribución de un mayor o menor grado de ruralidad/urbanidad se hace, básicamente, de un modo más intuitivo que científico. Y ello es así a causa de uno de los déficits que ha esterilizado tanto la Sociología Rural como la Urbana: la desatención de la forma. Una y otra se han ocupado de estructuras, o lo sumo de funciones; desaprovechando así tanto el rico manantial, precipitadamente atrofiado, de la Ecología Humana, como las aportaciones de ciencias hermanas como la Geografía¹⁰. Sólo el análisis de las formas de agrupación e interrelación social en el espacio puede ayudarnos a matizar esa gradación, siéndonos más fácil a partir de ahí el localizar vectores más estrictamente sociológicos. Así, el concepto francés, más espacial, de *rurbanización* (BAUER y ROUX, 1976) es previo, y mucho más rico, que el anglosajón, más estructural -e incluso más sociológico-, de *conmuterización* (NEWBY,

⁹Aparte de la distinción cuantitativa (según tamaño demográfico de los municipios) que hace el INE, nunca nadie ha definido sociológicamente esas *zonas intermedias*, que de hecho nada tiene que ver con el concepto de *ciudades medias*, que forman parte de las zonas urbanas definidas por el INE. Esta ya vieja distinción estadística entre zonas rurales, intermedias y urbanas abona las tesis que se implantaron a partir de los años '30 y '40 en la línea de un *continuum* rural-urbano (LYNN, 1940), que según Redfield iría más allá, a un *continuum* tribal-rural-urbano (citado en GUBERT, 1986,211).

¹⁰Las causas de este déficit de la forma tal vez habría que buscarla en factores ecológicos de dominio disciplinario. Al fin y al cabo, la sociología rural surgió como herramienta subsidiaria de la ingeniería agraria y forestal, y la sociología urbana se ha venido dejando arrinconar por el urbanismo tecnocrático de los arquitectos y los ingenieros de caminos. Este tipo de técnicas (arquitectura, ingenierías) que basan su actuación en el espacio, han esterilizado (por decirlo en términos propios de la sociedad rural desaparecida, han *capado*) estas ramas de la sociología, limitando su capacidad de desarrollo. ¿Cómo es posible que hasta hoy hayan existido voluminosos tomos dedicados a estudiar las sociedades rurales y urbanas sin que en ellos aparezca un solo plano? (ver, para una crítica de estas cuestiones en la Sociología Urbana, BAIGORRI, 1995).

1980), y desde luego resulta imprescindible para explicar los cambios estructurales que han caracterizado a los procesos que determinan la **urbanización** global del territorio.

En realidad, este proceso ha sido visto -o previsto, cuando la finalidad no era analítica sino transformadora- bajo denominaciones, interpretaciones -y valoraciones- diversas, por lo que conviene que siquiera prestemos atención siquiera a algunas de las más interesantes.

A las primeras observaciones marxistas sobre la dialéctica campo-ciudad, Kropotkin respondería a finales del XIX con su propuesta de equilibrio ecológico: "*Tened las fábricas y los talleres cerca de las huertas y tierras de labor, y trabajad en unas y otras alternativamente*" (KROPOTKIN, 1972:148). Propuesta que sería asumida por los *ordenadores rurales*, primero en norteamérica, a partir de la segunda década del siglo XX, y que hoy se ve materializada con la agricultura a tiempo parcial. Y en el mismo año en que Kropotkin publicaba su alegato eco-libertario, Kaustky advertía de la necesidad de una "*facilidad de relaciones entre el campo y la ciudad*", como base para la "*difusión de la civilización en el campo y para borrar el antagonismo cultural que separa a éste de la ciudad*" (KAUTSKY, 1974:225); siendo la industria el instrumento que permitiría -como así ha ocurrido- la modernización del campo. Más aún, y ello nos avanza aspectos a los que luego prestaremos atención -el aislamiento informacional-, cree que "*en las zonas que continúan siendo puramente agrícolas y que, a causa de lo inaccesible de su territorio o de la tozudez de sus habitantes, permanecen cerradas a la penetración de la industria, la población decae desde el punto de vista del número, de la fuerza, de la inteligencia, del nivel de vida, y con ello se empobrece el suelo, y decae la explotación agrícola*" (KAUTSKY, 1974:323).

El nacimiento de la propia Sociología Rural viene determinado justamente por este tipo de preocupaciones, a través de la Comisión para la Vida Rural creada por el presidente Theodor Roosevelt. La *ordenación rural* de la Sección de Población Agrícola y Vida Rural del Ministerio de Agricultura de los Estados Unidos perseguía justamente, desde 1919, la plena *incorporación* sin traumas de los espacios rurales -que, no lo olvidemos, se rigieron desde siempre en los Estados Unidos por criterios capitalistas- a la sociedad industrial. No se trataba por tanto de una colonización por el capitalismo, sino por la civilización urbana.

Naturalmente este tipo de preocupaciones, crecientemente extendidas, pronto dieron lugar a la primera andanada de lamentos por la pérdida de una Arcadia que indefectiblemente no *sufren* quienes la *lloran*. Las llamadas de los ideólogos de *la tierra* contra el desarraigo del progreso se sucedieron, particularmente en la Alemania pre-nazi¹¹. Pero también en otros ámbitos se pretendía guardar, como hacía el geógrafo G.Roupnel en 1932, "*la armonía universal de toda esta sonriente campiña*" (ROUPNEL, 1932:202). Vale la pena el contraste

¹¹ Unas buenas muestras se recogen tanto en (FERRY, 1994) como en (BAHRDT, 1978)

con Joaquín Costa, a quien se acusa de enfermedades similares, y que sin embargo clamaba desde finales del siglo XIX contra *"los pueblos que se duermen en medio del día, como las vírgenes fatuas, llegan tarde y con las lámparas apagadas a las puertas ya cerradas del peregrino, sin alcanzar a donde se celebran los desposorios del mundo antiguo con esta espléndida civilizavi3n moderna"* (COSTA, s/f:191)¹².

Tras la segunda guerra mundial el proceso civilizatorio se aceler3 de nuevo. Desde el campo del urbanismo se habla de la necesidad de que *"lo mejor de la civilizaci3n urbana llegue 'a la tierra'"*, y se propone el t3rmino de ruralística, complementario de la urbanística, como concepto provisional hasta que se desarrolle uno urbano-rural (BARDET, 1963:114 y 18). En realidad, es lo que de hecho ya estaba ocurriendo, y la Ecología Humana se interesaba por tales procesos, aunque no lleg3 a profundizar lo suficiente antes de extenuarse a base de mediciones¹³. Como lo percibían los ge3grafos, particularmente Gottmann, que promueve el concepto de *megal3polis* con la publicaci3n en 1961 de su obra de igual título, para un tipo de ciudad que es casi un país, ya que *incluye* el propio campo dentro de sí misma. M3s aú, tempranamente advertía sobre un proceso que m3s tarde retomaría Toffler: los signos de decadencia de la industria justamente al desparramarse en el territorio. Para Gottmann *"la tendencia tiene sus raíces en una consecuencia simple de la evoluci3n social y científica de nuestra era. Lo ocurrido con la agricultura est3 pasando con la producci3n fabril, con el aumento de la mecanizaci3n, con la racionalizaci3n y otras mejoras tecnológicas"* (GOTTMANN, 1973; 63). Pero los soci3logos no se apercebían de estos cambios, pues *"han pasado del estudio de los primitivos al estudio de los medios urbanos e industriales"* (LEFEBVRE, 1975:62, en un artícuo de 1953).

En Europa estos procesos se dieron m3s lentamente. Entre los ańos '30 y '70 se producen diversas *reformas agrarias* de variado signo -estructurales, tecnológicas, educativas...-, que convierten en sujetos del máximu interés sociol3gico a los campesinos. Aunque en realidad **lo que todas las reformas agrarias buscaban era la urbanizaci3n del campo**, entendida la urbanizaci3n como proceso civilizatorio, de incorporaci3n de los espacios sociales rurales a la

¹²Las propuestas de Costa, como la de todos los clásicos *agraristas*, distinguen con extremada finura -al contrario que muchos de los modernos *ruralistas*- la agricultura como sistema productivo que, con las adaptaciones pertinentes a las transformaciones tecnológicas, siempre será necesaria e incluso imprescindible, de *la ruralidad* -o en t3rminos m3s clásicos y reales, *la rusticidad*, como modo de vida y de interacci3n social que constituye un lastre para la mejora en las propias condiciones de vida de los mismos agricultores.

¹³Hay algunos trabajos de los ańos '50 que, desde la Ecología Humana, analizan el proceso de cambio en las áreas rurales m3s cercanas a las ciudades, proponiendo un proceso inacabable ajustado al principio ecol3gico de gradiente; y según el cual sucesivas áreas rurales se van incorporando a las áreas metropolitanas, pasando a ejercer sus funciones otras áreas m3s alejadas. Se señalaba ya cómo en los Estados Unidos *"la intensa dispersi3n de industria, poblaci3n y terciario, y la pareja conversi3n de suelo rural a usos no agrícolas est3n produciendo impresionantes cambios en los sectores rurales de las áreas satélites"* (MARTIN, 1957:481).

modernidad ciudadana, se produjo, entre los sociólogos encargados de colaborar con los técnicos que diseñaban las reformas agrarias, un contrasentido; pues al tomar al *campesinado* como un sujeto histórico, se les consideraba como un objeto de valor, y como tal a conservar. Las razones eran diversas. La influencia del marxismo -particularmente, a partir de los años '60, del maoísmo- hizo que muchos considerasen al campesinado poco menos que como sujeto revolucionario, que debería oponerse a la penetración del capitalismo en el ecosistema de la Arcadia. Gracias a la revolución de las comunicaciones y al fuerte crecimiento de la riqueza en Occidente la antropología estaba de moda; los sociólogos dejaban de hacer sociología y se aplicaban a la etnología, y desde la ciudad descubrían ricos filones en esas casas rurales en las que les invitaban a buen jamón y mejor vino. Hay una fuerte influencia del modelo de Eric Wolf, para quien los campesinos seguían estando "*entre la tribu primitiva y la sociedad industrial (...), ni son primitivos ni modernos*" (WOLF, 1975;5), a pesar de que la evidencia mostraba que los agricultores de los países desarrollados -incluida España- se manejaban perfectamente con la modernidad de los complicados tractores y cosechadoras, de las endemoniadas letras de cambio, los seguros, los colegios de sus hijos, las calculadoras, las sembradoras hidroneumáticas, las semillas selectas... La sociología se lamentaba de que el capitalismo se lanzase a "*insertar al campesinado cada vez más dentro de los mecanismos del sistema económico global y a modelar sus explotaciones de acuerdo con sus intereses*" (SEVILLA-GUZMÁN,1979:240). Estábamos, en el último cuarto del siglo XX, planteándonos el mismo tipo de problemas que ocuparon a Marx, Durkheim, Weber, Toënnies o Simmel en el último cuarto del siglo XIX. En suma se construía una sociología rural apropiada para paliar los efectos de la desamortización decimonónica, pero se hacía con un siglo de retraso, cuando los *campesinos* deseaban incorporarse rápidamente a la modernidad.

Una modernidad que no podemos asimilar con la industrialización -que empieza a decaer desde los años '60-, ni siquiera con el capitalismo -que convertido en *welfare state* gracias a la socialdemocracia europea y el liberalismo político norteamericano, no era ya ni la caricatura de sí mismo-. **Una modernidad que, en mi opinión, habría que asimilar precisamente al concepto de urbanización.**

Es este un concepto que no puede asimilarse al meramente cuantitativo que a partir de Kingsley Davis se entiende como proporción de población urbana (DAVIS, 1979: 13), sino más bien en el sentido de *modo de vida* con que Wirth lo entendió en 1938, pues "*las influencias que las ciudades ejercen sobre la vida social del hombre son mayores de lo que indicaría el porcentaje de población urbana*" (citado en GIDDENS, 1991;591). Pero hasta Lefebvre no habrá una clara identificación del concepto de *sociedad urbana* con la sociedad post industrial, y ello haciendo referencia, "*más que a una realidad palpable, a una tendencia, una*

orientación, una virtualidad"(LEFEBVRE, 1972:8). Es consciente de que este proceso en absoluto deja fuera a los supuestos rurales: "*¿El campo?: ya no es más -nada más- que 'los alrededores' de la ciudad, su horizonte, su límite. ¿Y las gentes de la aldea?. Desde su punto de vista ya no trabajan para los señores terratenientes. Ahora producen para la ciudad, para el mercado urbano. Y si bien saben que los negociantes de trigo o madera los explotan, no obstante, encuentran en el mercado el camino de la libertad*"(LEFEBVRE, 1972:18). Con anterioridad había afinado también este proceso: "*La industrialización produce la urbanización, en una primera fase, negativamente (estallido de la ciudad tradicional, de su morfología, de su realidad práctico-sensible). Después de esto, aparece la verdadera tarea. La sociedad urbana comienza sobre las ruinas de la ciudad antigua y su contorno agrario. A lo largo de estos cambios, la relación entre industrialización y urbanización se transforma. La ciudad deja de ser un recipiente, receptáculo pasivo de productos y de la producción. Lo que subsiste y se refuerza de la realidad urbana es su dislocación, el centro de decisión formará parte en adelante de los medios de producción y dispositivos de explotación del trabajo social por los que detectan la información, la cultura, los mismos poderes de decisión*"(LEFEBVRE, 1969:166). Información, cultura, poder de decisión, son en suma los elementos claves en el proceso de urbanización, que vemos aquí, más allá de la crítica política de Lefebvre, como un estadio evolutivo en el proceso general de civilización¹⁴.

Este proceso evolutivo de carácter casi positivista, que Patrick Geddes había desarrollado con elegancia en su famosa conferencia sobre *La sección del valle*, podemos encontrarlo incluso en la biografía intelectual de los propios sociólogos. Además de en el propio Geddes, de Weber a Lefebvre son muchos los que hallamos preocupados inicialmente por temas rurales, y ocupados en su periodo de mayor fertilidad de temas urbanos. En realidad, en los grandes sociólogos a la preocupación por *lo rural* le sigue, tarde o temprano, la preocupación por *lo urbano*; porque hacer una diferenciación radical es, ciertamente, absurdo.

¿Queremos decir con todo esto que *lo rural* no existe?. Faltan datos empíricos para una afirmación semejante, aunque sí creo factible defender la inutilidad de la separación epistemológica entre lo rural y lo urbano. Si las tesis que venimos desarrollando son acertadas, ***lo rural* serían apenas algunos intersticios, fuera de la marcha de la civilización, que quedarían en el interior de lo que denominamos la urbe global.**

Posiblemente una clave para entender estos procesos esté en las comunicaciones, como corresponde a la sociedad de la información que ha sustituido a la sociedad industrial.

¹⁴ Es la urbanización, como fase civilizatoria diferenciada de la sociedad industrial, el mejor argumento contra la creencia en el fin de la historia. Las sociedades humanas **nunca** dejan de evolucionar, el cambio es la constante que diferencia, justamente, a las sociedades humanas de las animales; lo que diferencia a la sociología de la etología.

MacLuhan apuntó la conformación del planeta en una especie de aldea global, sobre la base tecnológica del *"poder descentralizador que el ordenador tiene para eliminar ciudades y todas las demás concentraciones de población"* (McLUHAN,1985:55). Y, efectivamente, hemos podido observar en Europa, y particularmente en España, de qué forma una infraestructura de comunicaciones, la autopista, provocaba profundos cambios socioeconómicos en muchas áreas rurales, del mismo que antes los produjo el ferrocarril¹⁵. Las redes telemáticas están haciendo el resto, pues *"en una sociedad basada en la información, la ventaja competitiva reside ahora en una organización mucho más flexible y descentralizada de la producción y del trabajo, con el fin de reducir los costes fijos, hacer mejor uso de las capacidades existentes, acercarse más al cliente y evitar las limitaciones sobre la movilidad"*(JOHNSTON, 1994:79).

El proceso no ha llevado a una aldea global, en el sentido casi tribal de McLuhan¹⁶, sino más bien -desde una perspectiva civilizatoria y positivista- a una ciudad global, a lo que yo llamaría **la urbe global**: un **continuum** inacabable en el que se suceden espacios con formas y funciones diversas, con mayores y menores densidades habitacionales, cohesionados por diversos nodos o *centralidades*, pero que en su totalidad participan de una u otra forma y a todos los efectos de la civilización y la cultura urbanas. **Sólo en la medida en que un espacio se halle incomunicado podrá hablarse de cierta carga -de intensidad variable- de ruralidad**¹⁷, seguramente coincidente con la depresión económica. Precisamente un reciente trabajo sobre municipios y comarcas deprimidas utiliza diversas variables construidas a partir del censo de edificios y viviendas (es decir, variables de urbanización) como índices de depresión. En realidad, la población resultante era, sobre el censo de 1981, de poco más de dos millones de personas, en 1.699 municipios cuyo tamaño medio era de 1.249 habitantes (MELLA,1990). Posiblemente esos dos millones de personas constituyen, en la actualidad, el

¹⁵Desgraciadamente en España no conocemos estudios que se hayan ocupado a posteriori de los efectos sociales de las autopistas, a pesar de que previamente, y durante el proceso de construcción, la literatura anti-autopista que se produjo -o produjimos- fue abundantísima. En Estados Unidos la profunda transformación ecológica que a nivel federal supuso la red interestatal de autopistas generó por el contrario importantes programas de investigación, que mostraron cómo *"el cambio más notable se produce en el suelo rural, que sufre una transformación a usos más intensivos"* KIRK, 1974:311)

¹⁶Tengamos en cuenta que la obra de McLuhan se desarrolla en el marco del primer gran pavor ante la irrupción de las tecnologías de la comunicación. Siguiendo los modelos de McLuhan se hablaría luego -en los años '70 y fundamentalmente desde Italia- de una *Nueva Edad Media*.

¹⁷Esto no se contradice con la crisis de las grandes ciudades, pues la urbe ya no necesita con las nuevas redes comunicacionales, de la concentración. Se percibe una fuerte tendencia *"hacia la dispersión/fragmentación de los territorios urbanos"*(LOPEZ DE LUCIO, 1995), y la *'glocalización'*, como proceso de cohesión entre la economía global y la economía local (ENRIQUE y COROMINAS, 1995). Son estos fenómenos de dispersión, fragmentación, glocalización, los que permiten explicar la ya efectiva urbanización de todos los espacios sociales.

espacio social rural en España, aunque tal vez habría que añadirles algunos millones más de *rurales* que, aunque insertos espacialmente en la urbe global, como inmigrantes marginados, no han sido asimilados todavía por la cultura urbana.

Naturalmente, este proceso *natural* de urbanización hemos visto que no siempre ha sido, ni lo es todavía, bien aceptado desde buena parte de la sociología, particularmente desde la sociología rural, aún cuando por ello se esté pagando el precio de perder su especificidad sociológica y pasar a convertirse en antropología o etnografía. Y es curioso, este pavor generalizado a la urbanización del mundo campesino tiene graves efectos sobre el propio urbanismo. Como Jacobs puso de manifiesto, "*los principios rectores del urbanismo actual y de las reformas que se refieren a la vivienda tienen como base una resistencia puramente afectiva a admitir que la concentración humana es deseable: esta negativa apasionada ha contribuido a matar intelectualmente el urbanismo*" (citado en CHOAY, 1970:463).

EL ÁMBITO DE LA SOCIOLOGÍA DE LA URBANIZACIÓN

Es obvio que, sobre estas bases, no puede tener sentido una Sociología Rural y como hoy la entendemos, como resulta también carente de sentido una Sociología Urbana, diferenciada de la anterior. Precisándose por ello bien sea una Sociología de la Urbanización (entendida ésta como proceso civilizatorio en marcha), bien como una Sociología de los Asentamientos Humanos, lo que menos importa es el nombre, que permita una lectura global del territorio. En cuanto a *la cuestión agraria*, ésta entiendo que debe ser tratada en los mismos términos que cualquier otro sector socioeconómico, tal y como existe una sociología industrial, una sociología del conocimiento, o una sociología del ocio. Pero su ámbito de estudio no puede ser ya *la sociedad rural*, porque como tal no existe, sino el colectivo de trabajadores y empleadores que conforman el sector agrario, y que no es sino uno más en cualquiera de los territorios -metropolitanos, urbanos o rurales- que tomemos como unidad de análisis¹⁸.

Es decir, todo este replanteamiento no implica un cambio de objetivo, sino de enfoque. La mejora en las condiciones de vida de la población apartada de las centralidades de la urbe global, así como la conservación del *medio rural*, seguirán siendo objetivos ineludibles. Pero del mismo modo que no podemos concebir esa población como concebíamos al *campesinado*,

¹⁸ Ello supondría una restitución de de la plena igualdad del llamado *campesinado* respecto del resto de la ciudadanía, frente al actual tratamiento, del tipo del que se prodiga a las tribus en extinción. Tal vez así dejasen de ser necesarios los viejos alegatos sobre el *olvido del campo*, repetidos hasta la saciedad por todos los presidentes de la Hermandad Nacional de Agricultores y Ganaderos, y desgraciadamente todavía presentes en la literatura científica (GARCÍA DE LEÓN, 1992). El concepto de *la ciudad en el campo* es hoy un concepto anacrónico, inútil y profundamente reaccionario. El que todos los sociólogos de origen rural hayamos amanecido a la Sociología mamando y abusando de esa invariante no justifica su conservación en la literatura social, que debe ocuparse hoy más bien de analizar *la ciudad en el campo y el campo en las ciudades*.

tampoco podemos identificar el medio rural con el medio natural, como el ecosistema propio del campesinado, sino como un artificio más, una parte de la urbe global, con formas y funciones muy distintas de las consideradas tradicionalmente por la Sociología Rural. Funciones que no vienen determinadas, dictadas por la ciudad triunfante como opuesta al campo, sino que responden a las nuevas necesidades de la sociedad globalmente urbanizada.

En otros trabajos hemos definido un tipo de territorios¹⁹, a caballo entre los conceptos tradicionales de lo rural y lo urbano, en los que *"la tierra, cultivable o no cultivable, ha dejado de tener esa única función de producir alimentos, o en general materias primas. Nuevos factores económicos han entrado en juego, de forma que el agricultor no es sino un agente más en competencia por el uso y control de ese suelo, aunque siga siendo el que más superficie domina y administra (y esta sería quizás una de las principales diferencias entre estos territorios con los puramente urbanos y metropolitanos) (...) El problema estriba en cómo compaginar todas estas funciones con las vocacionales del territorio, esto es la agricultura y la ganadería, e incluso el mantenimiento de espacios 'vírgenes'"* (BAIGORRI, 1983,151).

En este tipo de espacios sólo tangencialmente tienen interés y peso los tradicionales *problemas campesinos*. Las cuestiones que pro cupan son ya culturalmente urbanas: la geografía (que hemos definido como *"el apetito insaciable por devorar tierra fértil"*), la banalización del paisaje, la pérdida de peso político de los agricultores, y los excedentes, son los temas característicos de las zonas agrícolas de los países ricos (BAIGORRI, 1992b). Pero lo importante es que esta clase de territorios son los que contienen en la actualidad a la mayor parte de la población considerada estadísticamente como rural, así como la mayor parte de la producción agropecuaria. Y si dejamos de considerarlos rurales, y nos empeñamos en mantener los presupuestos epistemológicos tradicionales de la Sociología Rural, entonces el objeto social que quedaría para esta rama de la sociología debería circunscribirse a algunos desiertos demográficos alejados, como decíamos, de las redes informacionales de la urbe global. Por ello insisto, ya para terminar, en la necesidad de replantear sus mismos fundamentos como rama específica de la Sociología.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BAIGORRI, Artemio (1980), 'Sobre la verdadera naturaleza del campo como refugio de ociosos e itinerantes', **Transición. Economía, trabajo, sociedad**, 22/23, pp. 36-40
- ___ (1980b), 'Retrato de un colonizado. Sobre la decadencia y muerte del saber campesino', **Bicicleta. Revista de Comunicaciones Libertarias**, 20/30, pp.52-55
- ___ (1983), 'La urbanización del mundo campesino', **Documentación Social**, 51, pp. 143-148

¹⁹ Nominados como *agro-urbanos* para evitar su confusión con los espacios *rurbanos*, que son más bien la periferia de lo urbano, en forma de detritus o de fuga lujosa del estrés (BAIGORRI, 1983:148)

- ___ (1984b), 'La competencia por el uso de la tierra', en Baigorri y Gaviria, *El campo riojano*, T.I., pp. 101-109
- ___ (1992), 'Agricultura, ecología y ordenación del territorio', en VVAA, *Agricultura ecológica compatible*, Dirección General de Investigación, Extensión y Capacitación Agraria, Junta de Extremadura, Badajoz
- ___ (1992b), Perspectivas globales. Tendencias y desafíos planetarios entre los rurales', **ExtremaDuda, Revista de Ciencias Sociales y del Territorio**, 2, pp.49-57
- ___ (1994), *El paro agrario*, Servicio de Publicaciones de la Diputación de Badajoz, Badajoz
- ___ (1995), 'Del urbanismo multidisciplinario a la urbanística transdisciplinaria. Una perspectiva sociológica', **Ciudad y Territorio/Estudios Territoriales**, 104, pp. ¿? (en prensa, aparecerá en el otoño de 1995)
- BAIGORRI, Artemio y CORTÉS, Georgina (1984), 'La salud de los agricultores' en Baigorri y Gaviria (dirs.), *El campo riojano*, T. I, pp. 52-62
- BAIGORRI, Artemio y GAVIRIA, Mario, dirs., (1984), *El campo riojano*, 2 tomos, Cámara Agraria de La Rioja, Zaragoza
- ___ (1984b), *Agricultura periurbana*, DGOTMA, Comunidad de Madrid, Estudios e Informes, 2, Madrid
- BAHRDT, Hans Paul (1978), 'Crítica de la crítica de la gran ciudad', **Discusión**, 2, pp. 59-86
- BARDET, Gaston (1963), *L'Urbanisme*, Press Universitaires de la France, Paris
- BARÓN, Enrique (1971), *El final del campesinado*, ZYX, Madrid
- BAUER, Gérard y ROUX, Jean-Michel (1976), *La rurbanisation ou la ville éparpillée*, Seuil, Paris
- BAYO, Eliseo (1973), *El manifiesto de la tierra*, Planeta, Barcelona
- ___ (1975), *Oración de campesinos*, Planeta, Barcelona
- CASTELLS, Manuel y HALL, Peter (1994), *Las tecnópolis del mundo*. Alianza, Madrid
- CHOAY, Françoise (1970), *El urbanismo. Utopías y realidades*, Lumen, Barcelona
- COSTA, Joaquín (s/f), Antología preparada por José García Mercadal, Biblioteca Nueva, Colección Ideario Español, Madrid
- DAVIS, Kingsley (1979), 'Urbanización de la población humana', *Scientific American, La ciudad*, Alianza, Madrid, pp. 11-36
- ENRIQUE, Luis y COROMINAS, David (1995), 'Estado y mercado en el contexto de la globalización: un ensayo de interpretación del modelo social madrileño', **Economía y Sociedad**, 12, pp. 69-91
- FERRY, Luc (1994), *El nuevo orden ecológico*, Tusquets, Barcelona
- GAVIRIA, Mario (1971), *Campo, urbe y espacio del ocio*, Siglo XXI, Madrid
- ___ (1975), 'La dependencia de los agricultores', **Cuadernos para el Diálogo**, Extra XLV, pp.48-52
- GARCÍA DE LEÓN, María Antonia (1992), *La ciudad contra el campo*, Diputación de Ciudad Real
- GIDDENS, Anthony (1991), *Sociología*, Alianza, Madrid
- GOTTMANN, Jean (1973), 'La urbanización y la campaña norteamericana: el concepto de la megalópolis', en Saul Cohen (comp.), *Geografía y medio ambiente en América*, Editores Asociados, México, pp. 53-65
- GUBERT, Renzo (1986), 'Campo, Demarchi y Ellena (dirs.), *Diccionario de Sociología*, E. Paulinas, Madrid, pp. 206-215
- JACOBS, Jane (1971), *La economía de las ciudades*, Península, Barcelona
- JOHNSTON, Peter (1994), 'Teletrabajo y transporte: hacia una sociedad de la información', **Alfoz**, 109, pp. 78-82
- JONES, Emry (1992), *Metrópolis*, Alianza, Madrid
- KAUTSKY, Karl (1974), *La cuestión agraria*, LAIA, Barcelona
- KIRK DANSEAU, H. (1974), 'Algunas implicaciones de las autopistas en la ecología de la comunidad', en G.A.Theodorson, *Estudios de Ecología Humana*, Tomo I, pp. 294-312
- KROPOTKIN, Pietr (1972), *Campos, fábricas y talleres*, ZYX, Madrid
- LEFEBVRE, Henri (1969), *El derecho a la ciudad*, Península, Barcelona
- ___ (1972), *La revolución urbana*, Alianza, Madrid
- ___ (1975), *De lo rural a lo urbano*, Península, Barcelona
- LOPEZ DE LUCIO, Ramón (1995), 'Dispersión/fragmentación de los territorios urbanos', **Economía y Sociedad**, 12, p. 45-58
- LYNN SMITH, T. (1940), 'Trends in community organization and life', **American Sociological Review**, 5, 1940, pp. 323-334
- MARTIN, Walter T. (1957), 'Cambio ecológico en áreas rurales satélites', publicado en la **American Sociological Review** y recogido en G.A.Theodorson, *Estudios de Ecología Humana*, Tomo II, pp. 467-482
- McLUHAN, Marshall (1985), *Guerra y paz en la aldea global*, Planeta-Agostini, Barcelona, (la edición original es de 1968)
- MELLA, José M^a (1990), 'Depresión socioeconómica de los municipios y comarcas', **Estudios Territoriales**, 32, p. 111-127
- NEWBY, Howard (1980), 'Urbanización y estructura de clases rurales', **Agricultura y Sociedad**, 14, pp. 9-48
- ORDUÑA, Enrique (1994), *Democracia directa municipal, Concejos y Cabildos abiertos*, Civitas, Madrid
- ROUPNEL, Gaston (1932), *Histoire de la campagne française*, Grasset, Paris
- SEVILLA-GUZMÁN, Eduardo (1979), *La evolución del campesinado en España*, Península, Barcelona
- THEODORSON, G.A. (1974), *Estudios de Ecología Humana*, Labor, 2 Tomos, Barcelona
- WEBER, Max (1987), *La ciudad*, Ediciones La Piqueta, Madrid
- WOLF, Eric (1975), *Los campesinos*, Labor, Barcelona (2ª edición)

SEGUNDA PARTE:

EL REGADÍO COMO FACTOR DE URBANIZACIÓN

(Notas²⁰)

La vía a través de la cual yo me he ocupado de los procesos de urbanización, y desaparición de *lo rural*, ha sido la preocupación por las transformaciones sociales que conlleva el regadío. Actualmente estoy trabajando en profundizar sobre esta cuestión, y creo que en el caso portugués, y particularmente del Alentejo, puede ser de especial interés, pensando en las transformaciones a que pueda dar lugar el desarrollo de los riegos de Alqueva. En cualquier caso, tan sólo voy a apuntar algunas notas, para estimular -y estimularme- la reflexión.

Hemos hablado antes del tipo de espacios *agro-urbanos* que constituyen la mejor imagen de la acelerada transformación de lo rural en urbano. Y justamente las zonas de regadío, en mayor medida cuanto más antiguos son los regadíos, ofrecen a su vez una muestra inequívoca de tales procesos.

Desde un paradigma ecológico (o materialista cultural, según una perspectiva antropológica) resulta obvio que las infraestructuras y los ecosistemas determinan -y no sólo condicionan- los sistemas sociales. En el caso del regadío nos encontramos frente a un tipo de infraestructura que además modifica profundamente los ecosistemas, y establece nuevos mecanismos de adaptación al medio. Siendo su primer elemento el incremento de la capacidad, o del soporte poblacional, del espacio. Creo que ahí está la clave de cómo el regadío se constituye en un poderoso factor de urbanización: en la medida en que posibilita el incremento de la densidad demográfica.

¿Cómo ocurre esto?. El regadío produce una gran cantidad de excedentes. Pero aún no está ahí la clave, sino en la condición de excedentes altamente perecederos. En este sentido, posibilita una fuerte presión demográfica, pero in situ, esto es en las inmediaciones de las huertas. Por el contrario, los cultivos de secano no permiten una fuerte densidad, y a la vez son fácilmente exportables,

²⁰Las notas para esta segunda parte proceden fundamentalmente de dos trabajos: A.Baigorri, *El regadío en Extremadura*, TESYT, Badajoz, 1990, y A.Baigorri, 'Regadíos, ecología y desarrollo', SITUACIÓN, Serie Estudios Regionales: Extremadura, Bilbao, 1996 (en preparación)

por su menor contenido en agua. Sin embargo, los excedentes del regadío terminan exigiendo el desarrollo de tecnologías y formas de organización que hagan posible su exportación una vez transformados (conservados). Mientras que el trigo (tal cual es recolectado) o la carne (en último extremo, en vivo) pueden transportarse desde hace muchos siglos a grandes distancias, los excedentes del regadío sólo pueden exportarse fuera del territorio productor previa su transformación, y además deben ser transformados in situ, o en lugares cercanos a las tierras de cultivo (todavía hoy los costes de transporte de la producción de hortaliza en bruto son a veces insoportables).

Nos enfrentamos, por tanto, a una transformación ecológica que conlleva a la larga una revolución tecnológica. La consecuencia de todo ello es, tarde o temprano, la introducción de nuevos valores y actitudes, la reestructuración del territorio y el espacio del hábitat, y en su conjunto el desarrollo económico y social.

De hecho, el surgimiento de las primeras civilizaciones urbanas (las que se desarrollan en torno al Tigris y el Eúfrates) está intensamente ligado al desarrollo de la irrigación. El regadío está en el origen no sólo de las ciudades, sino incluso del Estado, como han puesto de manifiesto los estudiosos del modo de producción asiático.

En cierto modo, y desde una perspectiva más radicalmente ecológica, la ciudad podemos entenderla como un mecanismo de concentración energética altamente eficiente. Bien, pues el regadío constituye el más antiguo y eficiente instrumento ecológico de concentración energética. Gracias a la capacidad refrigerante del agua, la agricultura multiplica por diez su capacidad de captación de una energía gratuita e inagotable, como es la del sol.

Estos procesos hemos podido verlos con claridad en el caso de Extremadura, donde yo he propuesto que el regadío constituye la tercera y definitiva gran transformación ecológica, o revolución tecnológica. Dedicaremos unos momentos a analizar los efectos del regadío en esta región, y luego puede discutirse sobre las posibilidades de que un fenómeno de esas mismas características llegase a

darse en Alentejo en torno a Alqueva.

En términos históricos, sobre el territorio extremeño se han operado tres grandes transformaciones ecológicas. En la medida en que la infraestructura ecológica es el principal determinante de las sociedades humanas (mediatizada por las estructuras económicas, y en menor medida también por los sistemas de pensamiento y de creencias), esas transformaciones han determinado las distintas formas de adaptación de la población al territorio, las densidades demográficas, y en las épocas modernas los niveles de desarrollo económico y social.

La primera gran transformación fue la dehesa. Un largo proceso de selección de especies vegetales dió lugar al desarrollo de un modo de producción agroganadero específico, que todavía se conserva en extensas áreas de la región, y que permitió la adaptación, durante varios siglos, de una población escasa y muy dispersa. En el siglo XVI, sin embargo, este sistema había alcanzado ya su punto crítico en cuanto a la capacidad de sostén de la población. La masiva emigración al nuevo continente descubierto permitió a flojar la presión demográfica sobre el ecosistema dominante (entre mediados del siglo XVI y mediados del XVIII la población extremeña se reduce a la mitad).

La segunda gran transformación fue la agricultura de secano: allí donde la presión demográfica era más intensa, y las estructuras de propiedad y dominio lo permitían, se sustituyó el bosque adehesado por un complejo sistema de policultivos (olivar, viñedo, frutales de secano, cereal, legumbres...); en otras áreas se implantó el monocultivo cerealista, en un proceso agudizado en los siglos XVIII y XIX para responder tanto a las grandes hambrunas como sobre todo al fuerte desarrollo demográfico del conjunto del Estado. La agricultura de secano conforma un nuevo ecosistema que permitió soportar fuertes crecimientos de la población extremeña: en un siglo, entre 1860 y 1960, se dobla la población de Extremadura, alcanzando casi 1,4 millones de habitantes. A mediados del siglo XX, sin embargo, tanto la dehesa como la agricultura de secano, junto a la limitante estructura de propiedad y dominio de la tierra, se mostraron nuevamente incapaces de dar sostén a una población creciente. Nuevamente es la emigración

la estrategia de adaptación ecológica que se impone.

La tercera gran transformación ecológica es el regadío. A pesar de las modestas proporciones que la transformación en regadío ha alcanzado en Extremadura (con respecto a otras regiones), y de que la maduración de los regadíos ha coincidido con una época de crisis agraria, este nuevo sistema de producción agraria ha posibilitado una nueva acumulación de capital, y ha preparado a la región para soportar un nuevo crecimiento demográfico. Por primera vez después de medio siglo, la población extremeña se estabiliza. No sólo porque se hayan reducido las demandas de mano de obra en las áreas tradicionalmente receptoras de emigrantes²¹, sino porque el territorio ha acrecentado su capacidad de sostén.

En la medida en que, a la luz de las teorías del materialismo cultural y la ecología social, la infraestructura ecológica y la estructura económica condicionan las superestructuras sociales, el regadío está transformando profundamente extensas áreas de Extremadura: complejizando su economía, modernizando las estructuras productivas, reorientando el modelo territorial de la región, modificando los sistemas de creencias y las actitudes, acelerando en suma los cambios sociales...

Aunque este proceso, puesto en marcha a mediados de la centuria (aunque ya atisbado en las primeras décadas del siglo XX), se enfrenta hoy a importantes bloqueos. En buena parte el mismo tipo de bloqueos que han retrasado, por ahora durante veinte años, los planes de transformación de Alqueva. Los hay, de carácter supranacional, como pueden ser la nueva Política Agraria Comunitaria, o los acuerdos sobre libre comercio Norte-Sur en materia de alimentos (última ronda del GATT), que en principio se nos aparecen como pesados lastres para el desarrollo de la agricultura en los países desarrollados.

Hay también bloqueos de carácter nacional, como puedan ser el Plan

²¹ Algunos estudiosos ponen el acento, para explicar los movimientos migratorios, en elementos exógenos. Los movimientos migratorios estarían determinados por la demanda demográfica de las áreas en desarrollo. Desde nuestra perspectiva, los factores determinantes son endógenos, tanto infraestructurales (ecológicos) como estructurales (económicos, sociales). No se emigra *hacia* un buen nivel de vida, sino que se emigra *desde* un mal nivel de vida.

Hidrológico Nacional o el modelo de desarrollo económico polarizado recogido en los Planes de Desarrollo diseñados por el Ministerio de Hacienda, que tienden a desviar los recursos (hidráulicos, económicos) y las inversiones infraestructurales hacia las áreas más desarrolladas del Estado. Los hay, en fin, de carácter regional, como la incompreensión de la dialéctica ecología-regadío, la estructura de la propiedad (contradictoria con las necesidades de gestión del sistema productivo del regadío), la falta de una *cultura del agua*, la falta de formación agroempresarial o la falta de estructuras de transformación y comercialización de la producción, que limitan la capacidad endógena de acrecentar la superficie regable²².

En los planos siguientes podemos ver la importancia del regadío en la región.

En uno de ellos podemos ver trazados los actuales ejes esenciales, o corredores, que perfilan el desarrollo económico y social de la región. Podemos observar su fuerte coincidencia con las zonas de regadío. Aquí se concentra, en la actualidad, no sólo la población, sino asimismo la industria, la actividad mercantil, el empleo, el dinamismo social y económico. Los dos ejes fundamentales, que concentran un 40% de la población extremeña, deben su conformación actual a las transformaciones en regadío realizadas a lo largo del siglo XX. Hace ya casi veinte años que señalábamos, refiriéndonos a las dos ciudades que articulan una de las zonas de regadío más dinámicas, las Vegas Altas del Guadiana: "*Gracias a los riegos la población ha sido retenida en Vegas Altas, incluida el área Villanueva-Don Benito. Sin los regadíos, estas dos ciudades que hoy compiten con Badajoz habrían ido a menos*"²³. Y el devenir de la región a lo largo de los años '80, y '90, no hacen sino confirmar aquella hipótesis.

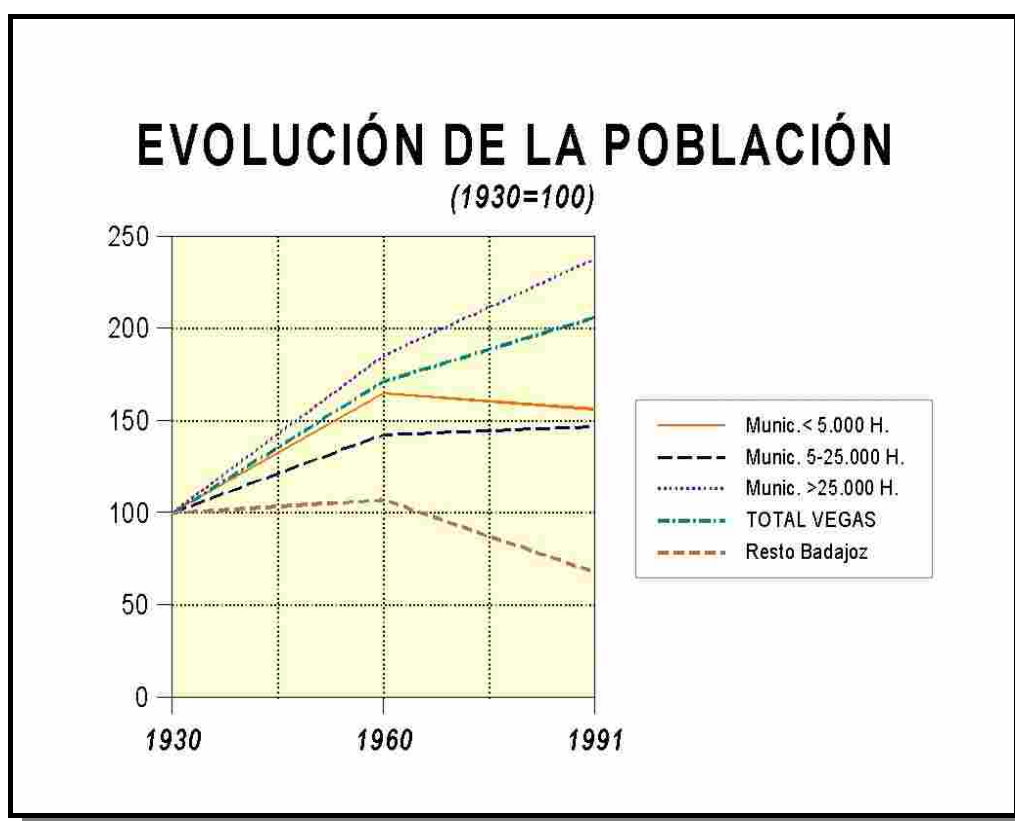
Vamos a centrarnos ahora en uno de esos ejes, precisamente el que acabamos

²² También, como en otras épocas, hay una desviación de capitales hacia actividades no productivas. Mientras llegan de Aragón, Valencia o Cataluña, capitales para adquirir grandes explotaciones de regadío, introduciendo nuevos productos, técnicas y estructuras de comercialización, buena parte de los beneficios empresariales extremeños se invierten en pubs, discotecas, vehículos y objetos de importación, mansiones, viviendas en la playa o fondos de inversión. Y el Estado no puede hacerlo todo...

²³ A. Baigorri, M. Gaviria, F. Mejías, 'La gestión del agua', en VVAA, *El modelo extremeño. Ecodesarrollo de La Siberia y La Serena*, Popular, Madrid, 1980, pag. 165

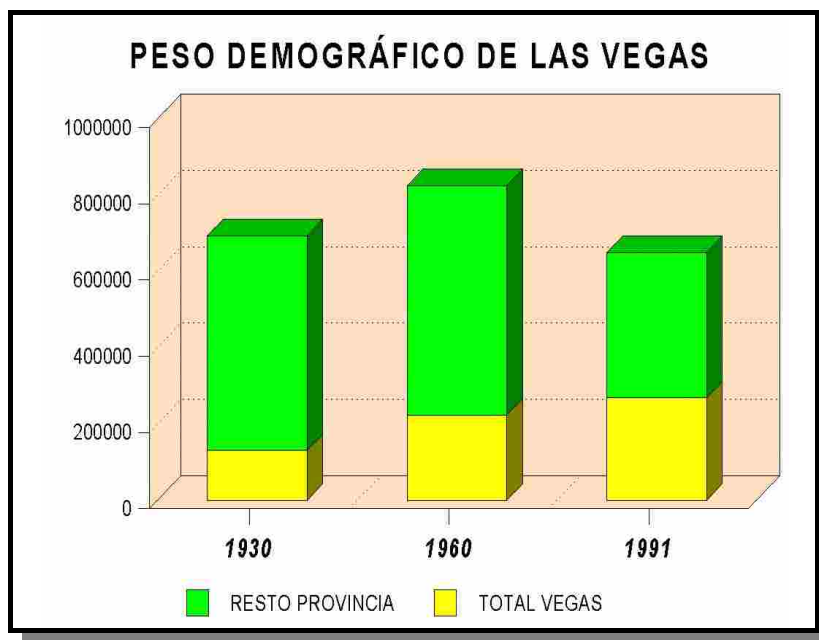
de citar en torno a las Vegas del Guadiana. Hemos analizado una serie de variables en relación con los 14 municipios que, en la provincia de Badajoz, constituyen el corredor de las Vegas del Guadiana (aunque debería incluirse también a Miajadas, un municipio de la provincia de Cáceres).

La cuestión fundamental, el efecto que el regadío tiene sobre el incremento de la capacidad de sostén demográfico del territorio, se observa en el gráfico siguiente, en el que se compara la evolución de los distintos municipios de la zona, con la del resto de la provincia de Badajoz. Como puede observarse, incluso los municipios más pequeños han aumentado en torno a un 50% su población de 1991 respecto de 1930, logrando superar la gran sangría demográfica que para el conjunto de la región supusieron los años '60.



De forma que el peso demográfico de las Vegas, sobre el conjunto provincial, se ha incrementado notablemente década tras década. Si en 1930, a pesar de acoger a algunas de las principales ciudades, incluida la capital, las Vegas

suponían menos de un 19% de la población provincial, en 1960 este porcentaje se había elevado a un 27%, y en el último censo sobrepasaba ya el 41%, siendo previsible que en la revisión del padrón de habitantes que se realiza en 1996 alcance ya la mitad de la población provincial.



Pero, lo más importante, es que conteniendo a un 41% de la población de la provincia, sin embargo el peso de esta zona en cuanto a una serie de variables fundamentales es mucho más elevado.

Naturalmente, no podemos olvidar que el área incluye tanto a la capital regional como a la capital provincial, que es a la vez la principal ciudad de Extremadura. Pero el propio crecimiento de estas dos ciudades es fundamentalmente subsidiario del conjunto de la zona. Sólo en esos términos es explicable su fuerte crecimiento en las últimas décadas. En el gráfico siguiente se recogen algunas de estas variables.

VEGAS DEL GUADIANA/PROVINCIA (1991)

